

SAN SABAS, ABAD

Día 5 de diciembre

P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Sabas el año 439 en la aldea de Mutalasca, en el territorio de Cesárea de Capadocia: era hijo de Juan y de Sofía, ambos notables en el país por su nobleza y por su virtud. Su padre era oficial en los ejércitos del Emperador, y mandaba una compañía de isauros. Habiéndose excitado en Alejandría algunas turbaciones, fue enviado Juan á apaciguarlas, y su mujer Sofía le siguió. La detención que se vieron precisados á hacer les obligó á dejar á su hijo Sabas, que sólo tenía cinco años, bajo la dirección y cuidado de Hezmias, su tío materno. El niño, aunque muy sufrido, no pudo aguantar el mal humor de su tía, que le trataba mal; lo que le obligó tres años después á retirarse á casa de un tío llamado Gregorio, hermano de su padre, que vivía en el lugar de Escandos. Esta preferencia, causó muy en breve celos entre los dos tíos, pretendiendo cada uno apoderarse de la persona del sobrino, y entrar en la administración de la hacienda del padre: aunque Sabas sólo contaba entonces ocho años, se escandalizó de estas contestaciones, de las que determinó hacer cesar la ocasión y quitar la causa, para lo cual se retiró secretamente al monasterio de Flaviano, á una legua corta de Mutalasca. Sola su fisonomía prevenía tan poderosamente en su favor, que aquellos buenos religiosos le recibieron con gusto, y se encargaron de su educación.

Sin embargo de sus pocos años, no se veía persona en el monasterio á quien no excediese en austeridad, en exactitud y en fervor. Habiendo un día manifestado al

superior el deseo que tenía de ir á visitar los Santos Lugares y los desiertos de la Palestina, el abad, que conocía su virtud, se lo permitió, aunque con el pesar de privar á su casa de un tan excelente modelo. Partió, pues, para Jerusalén el año 457, y pasó el invierno en el monasterio de San Pasarión, en donde su rara virtud se hizo admirar tanto como lo había hecho en el de San Basilio. No omitieron los monjes diligencia alguna para fijarle en, este lugar; pero el amor que tenía al retiro, al silencio y á la austeridad le hizo preferir á todos los otros el monasterio de Lutimio. Este santo abad, al verle tan joven y delicado, no quiso detenerle todavía en su laura. Este era un monasterio grande, á cuatro leguas de Jerusalén, donde todos los solitarios vivían separadamente, como hoy día los cartujos, cada cual en su celdita separada. El santo abad le envió á otro monasterio que dependía de él y tenía por superior á San Teoctisco. Viéndose nuestro Santo en una gran comunidad donde reinaba la más exacta disciplina religiosa, no se ocupaba más que en Dios; y aspirando sin cesar á la más alta perfección, por medio de un fervor siempre nuevo, vino á ser en pocos días el modelo de los más perfectos.

La estimación general que hacían todos de su virtud, se aumentó mucho con la victoria que alcanzó de una tentación bien delicada, que puso su vocación á una prueba bien extraña. Habiéndole nombrado por compañero de un religioso que iba á Alejandría, se encontró allí con sus padres, quienes le conocieron, sin embargo de la mutación que había causado en él una ausencia de más de veinte años, pasados en los continuos ejercicios de la más austera penitencia. El amor paternal hizo todos los esfuerzos posibles para obligarle á mudar de estado y volver al mundo; pero los ruegos, las solicitudes y las lágrimas de los suyos no pudieron torcer jamás su vocación: dijo á su padre que si las leyes de la guerra castigaban con tanto rigor á los

desertores, ¿qué castigo no debía esperar de Dios el que abandonaba su servicio? Esta generosa respuesta embelesó á sus padres, quienes admiraron su constancia y su virtud, y se contentaron con encomendarse á sus oraciones.

Pero, habiéndose introducido la relajación en el monasterio de San Teoctisco, Sabas se retiró de él de todo punto y se fue al desierto del Jordán, á vivir cerca de San Cerásimo. Aquí fue donde, no pudiendo los demonios sufrir una tan eminente virtud en un religioso joven de treinta y cinco años, que sin haber perdido la inocencia llevaba más lejos que todos los otros sus austeridades, le declararon una guerra sangrienta, y emplearon todos sus artificios para ver si podían vencerle, ó á lo menos aterrarle; pero San Sabas, armado de la oración, alcanzó otras tantas victorias cuantos fueron los combates que le presentaron los enemigos; y, lejos de acobardarse, buscó cuatro años después una soledad todavía más horrorosa, la que encontró en las rocas de un alto monte, donde había vivido San Teodosio el Cenobiarca. Había formado una idea tan alta del sacerdocio, que estaba persuadido á que sin una eminente virtud nadie podía ser elevado á esta formidable dignidad, de la que no sólo se tuvo por indigno toda su vida, sino que ni aun creyó que alguno de sus discípulos tuviese bastante virtud para merecerla. Esta religiosa rigidez desagradó á muchos de sus religiosos, y fue acusado de este pretendido delito ante el Patriarca, y le pidieron les señalase otro. Salustio, Patriarca de Jerusalén, informado del mérito particular de nuestro Santo, fingió dar oídos á sus quejas. A la mañana siguiente mandó al Santo que viniera á verle con todos sus religiosos. San Sabas, que ignoraba lo que pasaba, se fue á casa del Patriarca, á la cabeza de su comunidad; no hubo uno de sus religiosos que no esperase ver á su abad depuesto; pero quedaron sorprendidos al ver que el Patriarca, después de haberle

conferido en presencia de ellos todas las órdenes sagradas, le ordenó de presbítero; y, habiendo acabado de ordenarle, dijo á todos los religiosos: «Este es vuestro superior: no han sido los hombres, sino Dios, quien le ha puesto en este empleo. Yo no he hecho otra cosa que prestar mis manos al Espíritu Santo para conferirle el sacerdocio. Honradle como á vuestro padre, y obedecedle como á vuestro superior». Después de este razonamiento los volvió á todos á la laura, donde consagró la iglesia que San Sabas había hecho edificar.

Creciendo cada día más la fama del Santo, se veía llegar todos los días nuevos discípulos, entre los cuales recibió á San Juan, llamado el Silenciaro, que había dejado el obispado para ponerse bajo su dirección. Habiendo quedado viuda después de algunos años Sofía, madre del Santo, vino á acabar sus días en una celdita cerca de su monasterio, y tuvo el consuelo de morir santamente entre sus brazos. Del dinero que le había llevado edificó el Santo dos hospitales muy capaces para los pobres pasajeros y para los religiosos extranjeros que iban de viaje. Fundó asimismo un nuevo monasterio á una legua de su ermita; y á media legua un convento para educar á los novicios en la vida monástica y en la virtud, separados de los viejos. Era tan universal la fama de la sabiduría y santidad de San Sabas, que todos los solitarios, así los de las ciudades como los de los desiertos, deseaban con vivas ansias estar bajo su conducta; lo que obligó al Patriarca á nombrarle exarca, esto es, superior general de todos los anacoretas que vivían en las lauras, en las ermitas y en los desiertos; pero como jamás se vio una virtud eminente sin persecución y sin disgustos, aquellos falsos hermanos á quienes no sentaba bien la exacta regularidad de nuestro Santo, apenas tuvieron noticia de la muerte del Patriarca Salustio, cuando procuraron con mil artificios engrosar su partido y sacudir el yugo de la obediencia;

pero nuestro Santo supo doblegarlos hasta el punto de que, reconociendo su culpa, le pidieron perdón, viendo que proveyó á todas sus necesidades con excesiva liberalidad.

Por más amante que fuese del retiro, sin embargo, supo privarse de él siempre que lo pedían la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. El emperador Anastasio, fautor de los herejes, desterró á Elias, Patriarca de Jerusalén, y perseguía á los católicos. Apenas tuvo noticia San Sabas del peligro que corría la fe en el Oriente, hizo dos viajes á Constantinopla. Su vista aterró al Emperador, confundió á los eutiquianos y detuvo el curso de la persecución; fue intrépido á consolar en su destierro á los confesores de Jesucristo, y animó la fe vacilante de un gran número de solitarios.

Mientras que nuestro Santo trabajaba con una solicitud continua en mantener la pureza de la fe ortodoxa y el vigor de la disciplina regular en todos los monasterios de la Palestina, una horrible hambre le dio ocasión de ejercitar su caridad y de hacer patente su santidad con un gran número de milagros. De todas partes le iban á representar la extrema necesidad de los monasterios, y al mismo instante hacía Dios algún milagro para aliviarlos. El ecónomo de su gran laura le fue á decir que no había ni aun para decir Misa. San Sabas levantó los ojos y las manos al Cielo, y casi á la misma hora se vieron llegar treinta acémilas cargadas de víveres. El emperador Justino, príncipe católico, sucesor de Anastasio, publicó un edicto mandando que en todo el imperio se recibiera el concilio de Calcedonia : lo mismo fue llegar á noticia de San Sabas esta determinación del Emperador, que sin reparar en lo avanzado de su edad, que era de ochenta años, ni en lo exhausto que se hallaba de fuerzas corporales á causa de su penitencia y de sus muchos trabajos, se plantó en Cesárea, en

Escilópolis, y en otras principales ciudades de la Palestina; hizo que recibieran el edicto y que registraran en las iglesias los cuatro concilios generales. Los católicos fueron acusados falsamente ante el emperador Justiniano. San Sabas, que ya tenía noventa años, hizo todavía un viaje á Constantinopla, en donde el emperador Justiniano le recibió como á un ángel bajado del Cielo, y le concedió mucho más de lo que pedía; fundó á sus ruegos un hospital en Jerusalén, hizo reparar las iglesias que los samaritanos habían arruinado y dio orden para que se fortificase la laura de San Sabas, para que los ermitaños pudiesen retirarse á ella mientras las correrías de los bárbaros. Al tiempo que el Emperador hacía despachar en su gabinete las órdenes para este negocio, San Sabas, á quien este príncipe había hecho entrar para que estuviera presente al despacho, viendo que había llegado la hora de tercia, se levantó para ir á rezar su Oficio; el monje Jeremías, que le acompañaba, le dijo si pensaba que estaba con el Emperador. Lo pienso, respondió el Santo; pero también pienso que es hora de tercia, y que Dios me quiere al presente más en otra parte que aquí.

Paseándose un día San Sabas con un monje joven á lo largo del Jordán, pasaron muy cerca de ellos unas señoras, acompañadas de una dama joven magníficamente adornada. El Santo, que andaba siempre con los ojos bajos, y que desde su noviciado se había puesto la ley de no mirar jamás á la cara de mujer alguna, queriendo saber si su compañero había estado tan modesto como él, le dijo: «Es lástima que esa señorita sea tan desgraciada; me parece que no tiene más que un ojo.—Con vuestra licencia, le respondió el novicio, yo la he mirado con mucho cuidado, y he notado que es muy bien hecha y que tiene sus dos ojos». El Santo dio una viva reprensión al monje joven; y haciéndole comprender cuán necesaria era la modestia para conservar la

inocencia, le envió á una soledad muy retirada, donde pudiera acostumbrarse á la mortificación de los sentidos. Finalmente, el Señor quiso recompensar los méritos de su siervo; cayó enfermo y tuvo revelación de su muerte. El patriarca fue á visitarle en su última enfermedad, y, viendo la falta que había de todo en su pobre celda, le hizo llevar á una casa vecina que dependía de él. El Santo convino en ello por obedecer; mas, conociendo que su fin estaba cercano, se hizo transportar á su celdita, donde murió con la muerte de los justos, entre los brazos de sus hijos, el día 5 de Diciembre del año 531, de edad de más de noventa y dos años. Su cuerpo fue enterrado en medio de su laura, con una pompa religiosa cual correspondía á la fama de su santidad; se encontraron en su entierro muchos obispos y un gran número de solitarios. Dios hizo glorioso su sepulcro con una infinidad de milagros. Sus reliquias han sido transportadas después á Venecia, en donde están en grande veneración.

La Epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendición. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dio sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombre. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dio en público sus preceptos, y la Ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES

El Señor le hizo oír su voz, y entrar en una nube. El texto griego dice que le hizo entrar en la oscuridad. Este

de quien habla aquí el Eclesiástico es Santo Legislador y Profeta Moisés, cuando por un favor muy singular le llamó Dios á la cima del monte, donde, haciéndole invisible á los israelitas, le hizo oír su voz en aquella sagrada soledad y en medio de aquella misteriosa oscuridad. Ninguna cosa representa mejor, al parecer, la gracia de la vocación del estado religioso que esta voz de Dios que llama á su siervo á este santo monte. Pocas gracias hay ciertamente, más estimables que la vocación al estado religioso; y pocas, sin embargo, cuyo precio se conozca menos. Sin embargo, si una persona joven determina dejar el mundo para tomar este buen partido, ¡cuántas dificultades, buen Dios, no la oponen los parientes, y los amigos! ¡Qué obstáculos no tiene que vencer, especialmente si está dotada de bellas prendas, si es rica! Se teme siempre y se recela que su determinación sea efecto del capricho ó de la ligereza; se la piden años enteros para deliberar sobre esta elección; jamás se ha probado bastante su vocación; no se consiente en ello sino con pena. Por ventura ¿se hace otro tanto cuando una persona joven se quiere quedar en el mundo? Pero ¡qué artificios para probar su vocación! ¡qué máquinas para desquiciarla! ¡cuántas razones capciosas y seductivas para disuadirla! ¡qué convites, qué solicitudes, qué lágrimas! ¡qué pintura tan espantosa la que se le hace de todo lo que tendrá que sufrir en el estado que quiere abrazar! Se exageran todas sus pretendidas dificultades; se quiere que en este estado sea todo adverso, todo pesado, todo insoportable. Pero estas mismas personas, que conocen el mundo y declaman tan á menudo, y con razón, contra sus injusticias, su tiranía y su mala fe; que conocen demasiado por su triste experiencia los terribles riesgos que corre la salvación; que gimen cien veces por haberse metido en él; que quisieran á la hora de la muerte haber dado al mundo todo lo que tienen por haber vivido en un claustro, ¿aconsejan por ventura las mismas precauciones á los

que piensan meterse y quedarse en el mundo? ¿les dan los mismos consejos? ¿piden las mismas pruebas á esas mismas jóvenes? Buen Dios, ¡qué injusto es el hombre cuando sigue la razón humana, los sentidos ó la pasión!

El Evangelio es del cap. 19 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido; ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sentare en el Trono de su Gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos ó hermanas, ó á su padre ó madre, o á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACIÓN

La virtud es fácil en todos los estados y condiciones

PUNTO PRIMERO.—Considera cómo no hay cosa alguna de parte de la virtud que me deba hacer creer que no puedo adquirir la perfección propia de mi estado. La virtud, en cualquiera estado que se halle, y de cualquier modo que se mire, parece amable y lo es; su carácter solo hace su elogio. La muchedumbre es su compañera inseparable; la ingenuidad, la buena fe, la modestia, la caridad, la justicia y todo lo que en la vida cristiana y la civil funda el verdadero mérito, y merece la estimación y el respeto, todo esto entra en su verdadero retrato y hace su carácter. Es así, dicen; pero la virtud está puesta sobre un alto monte: es verdad, pero se sube á él muy fácilmente, y la gracia nos allana todos los caminos;

cuesta un poco de trabajo el llegar allá arriba, es verdad; pero el camino no es largo y muchos han subido y llegado á lo más alto. ¡Qué aire tan suave, qué paz, qué serenidad, qué tranquilidad la que se experimenta en la cima de este monte! ¡Qué abundantemente recompensados é indemnizados quedamos del trabajo que hemos tenido y de los gastos que hemos hecho para subir! Es mucha razón que se padezca para ser virtuoso en su estado, lo que indispensablemente se padece en él cuando se tiene una vida poco cristiana.

PUNTO SEGUNDO.—Considera cómo para llegar á ser santos y perfectos en el estado en que Dios nos ha puesto, no es menester más que cumplir con las obligaciones de cristianos con puntualidad y con fervor. La virtud doma las pasiones, que son los tiranos de nuestro corazón: ¿y qué ventajas no se siguen de esta victoria, al paso que los que son esclavos de ellas gimen bajo de sus cadenas? Por más que se disimule, por más que se finja, por más que se afecte una alegría siempre artificial, la que no sofoca una sola pesadumbre ni cura una sola herida, esas inquietudes, esos temores, ese mal humor que acompaña siempre á todos los imperfectos, hacen, sin querer, el más cumplido elogio de la virtud de las gentes de bien, y publican, aunque no quieran, los tormentos secretos que despedazan á los libertinos; al paso que las personas que cumplen con las obligaciones de cristianos gozan de una paz inalterable, de un gozo interior que nada puede alterar, de un bello humor que embelesa y hacen que envidien su felicidad aquellos mismos que no siguen su ejemplo.

Haced, Señor, por vuestra gracia que yo haga en mí mismo esta dichosa experiencia; ya estoy firmemente resuelto á no hacer cosa que no contribuya á hacer aspirar á la perfección de mi estado.

JACULATORIAS

¡Qué abundancia de consuelos no derramáis, Dios mío, en el alma de los que os aman!—*Ps.* 30.

Dichoso una y mil veces el que teme á Dios y guarda sus mandamientos.—*Ps.* 111,

PROPÓSITOS

1. Entre todos los ardidés del demonio, quizá no hay uno más peligroso, ó á lo menos que le salga más bien, que la opinión general que ha introducido en el mundo, y aun en el claustro, de que sin un horrible trabajo no se puede ser santo; pero, aunque esta opinión fuese tan verdadera como es falsa, ¿deberíamos ahorrar gastos para llegar á ser santos y para adquirir la virtud que nos es necesaria en el estado á que Dios nos ha llamado? Está alerta contra este error que reina el día de hoy, y que hace desmayar á tantas almas cobardes; aplícate seriamente á adquirir las virtudes propias de tu estado, y á cumplir con todas tus obligaciones; no omitas una, y procura corregir cada día algún defecto, y tener más devoción.

2. No te acobardes á las primeras dificultades: á los principios, esta aplicación, estos combates, estas violencias, estas victorias te parecerán imposibles; tente firme contra ti mismo: el celo de la salvación, al principio violenta é incomoda al corazón, al espíritu, á los sentidos y á las pasiones: todo se alborota, pero el combate no dura mucho y el fruto de la victoria es eterno. Dobla tu fervor, tu puntualidad, tu celo, y al instante verás desaparecer todas aquellas fantasmas que te espantaban.